

RESEÑAS

Ralph Penny (2004), *Variación y cambio en español*, trad. de Juan Sánchez Méndez, Madrid, Gredos.

Para los interesados en la lingüística diacrónica, una de las principales carencias bibliográficas ha tenido que ver con el hecho de que los estudios sobre lingüística histórica desde una perspectiva teórica están basados, fundamentalmente, en datos tomados de la lengua inglesa y de otras lenguas germánicas, mientras que las historias de la lengua española suelen mostrar la evolución del español en los niveles fonético, fonológico y morfosintáctico, considerando, sobre todo, los factores internos y externos del cambio lingüístico.

Por otro lado, la lingüística histórica, la dialectología y la sociolingüística, a pesar del vínculo tanto en sus orígenes como en la perspectiva desde la cual abordan los problemas del lenguaje, habían permanecido, por lo menos en lo que a estudios teóricos se refiere, como disciplinas separadas, con objetos de estudio e intereses diferentes.

El libro *Variación y cambio en español*, de Ralph Penny viene a llenar parte de este vacío en dos sentidos. En primer lugar, tiende un puente entre las investigaciones que se dedican a la variación tanto geográfica como social e histórica. Su conexión radica no sólo en que comparten propiedades, sino también en que se presuponen en tanto que un cambio histórico implica estados de variación sincrónica. En segundo lugar, este libro constituye una aportación muy valiosa a la relación entre los principales aspectos teóricos sobre el cambio, en general, y la historia de la lengua española, en particular.

De hecho, el principal objetivo del libro es el de aplicar determinadas ideas teóricas sobre la variación y el cambio lingüístico, que frecuentemente proceden de estudios del inglés y de otras lenguas germánicas, al mundo hispanohablante. Los datos empleados proceden frecuentemente del castellano, aunque el autor recurre a todas las variedades del romance habladas en la Península, incluyendo el gallego, el portugués y el catalán.

Son dos los hilos conductores del libro. El primero es el tema de la continuidad de la variación lingüística:

[...] el hecho de que la lengua se nos presente bajo la forma de heterogeneidad ordenada pero indivisa. Es decir, que la variación es casi infinitamente sutil, y se da a lo largo de ciertos parámetros geográficos y sociales, de modo que es por lo general inapropiado buscar establecer límites entre variedades, tanto si tratamos con variedades ordenadas geográficamente o con variedades determinadas socialmente, o con estilos o registros lingüísticos. Cada variedad se funde imperceptiblemente en las que le son adyacentes, empleando el término adyacente para referirnos a variedades que son contiguas tanto social como geográficamente. (7-8)

El segundo es de tipo histórico y está más vinculado con el español:

A causa de su peculiar origen, que es el resultado de repetidas mezclas dialectales, argumentamos que el castellano ha evolucionado con paso más rápido que las variedades del romance que se desarrollaron en otras partes de la Península. Por razones similares, veremos que el español estuvo particularmente sujeto a la nivelación de sus irregularidades lingüísticas y a la simplificación de sus estructuras, procesos que continuaron en vigor a medida que la lengua se extendía hacia y a través de las Américas. (8)

Estos dos grandes temas se desarrollan a lo largo de siete capítulos. En el primer capítulo, introductorio, se discuten los conceptos básicos relacionados con la variación. Dentro de la variación sincrónica se presentan la variación geográfica o diatópica y la variación social, la primera como un fenómeno de dos dimensiones que se da generalmente de manera suave y gradual, en forma de un *continuum* dialectal, la segunda como una variación multidimensional. El cambio diacrónico o histórico, por su parte, se concibe como “la sustitución de un estado de variación por otro” (20). De la discusión acerca de la variación diacrónica el autor concluye que tal variación “no es independiente de la variación geográfica y social, en la manera en que las variaciones geográficas y sociales son independientes una de la otra. En particular, la variación diacrónica es resultado de la variación social [...] y es inconcebible sin ella” (21).

El conocido tema de la distinción entre dialecto, lengua y variedad es el objeto del capítulo segundo. Además del problema de los límites temporales y espaciales, el autor discute los modelos utilizados para expresar la relación entre variedades lingüísticas. El más criticado resulta el modelo del árbol genealógico, utilizado

desde la lingüística histórica del siglo XIX y al que se recurre todavía frecuentemente en nuestros días:

No sólo se muestra el modelo del árbol genealógico inadecuado para expresar las relaciones entre variedades relacionadas diatópicamente, sino que puede llegar a distorsionar gravemente el estudio diacrónico y sincrónico de la lengua. Algunos argumentarán que este modelo funciona bien dentro de la lingüística indoeuropea, donde las variedades que se estudian (todas ellas escritas y, por tanto, total o parcialmente estandarizadas) están generalmente bien delimitadas en el espacio y en el tiempo y donde las variedades intermedias han desaparecido sin dejar rastro, impidiéndonos la posibilidad de ver la familia indoeuropea como un *continuum*. Sin embargo, donde el objeto de estudio es una serie de variedades que existen actualmente o un conjunto de variedades que están estrechamente relacionadas y que existieron en el pasado, el modelo del árbol genealógico está abierto a graves objeciones. (46-47)

Ofrece cuatro razones por las que habría que abandonar el modelo del árbol genealógico. Primero, su uso en la lingüística presupone que las variedades lingüísticas son como los organismos biológicos. Esto es una analogía falsa, puesto que la lengua humana no tiene nada comparable a la mutación genética. Como es sabido, la “competencia entre dialectos no se basa en una ventaja estructural, sino en factores extralingüísticos como el estatus económico o sociocultural de los usuarios de esos dialectos” (48), y los dialectos que se hallan intermedios (geográficamente) no suelen desaparecer como los organismos que están en competencia desventajosa.

La segunda y más poderosa razón para rechazar el árbol genealógico como modelo de las relaciones lingüísticas es, según Penny, el hecho de que la existencia de ramas presupone la existencia de un tronco, y esto implica que las variedades lingüísticas que se coloquen en las ramas del árbol tienen un origen común y unitario, que surgen de una única variedad original, una vez más como si fueran semejantes a especies biológicas. Pero evidentemente este modelo de evolución no se da en la historia lingüística. Al analizar el ejemplo de las lenguas romances, Penny llega a la conclusión de que

cada vez está más claro que la historia de la lengua consiste en el cambio de un estado de variación a otro, de manera que cualquier alusión al modelo biológico/genealógico, con sus especies/individuos únicos ramificándose en especies/individuos distintos, distorsiona totalmente la realidad lingüística. (49)

El tercer punto criticable del modelo del árbol genealógico es que obliga a establecer una distinción entre formas prestadas y patrimoniales, que es a menudo indefendible. Tomando de nuevo como ejemplo la evolución histórica del castellano, el autor rechaza el hecho de que en ocasiones se clasifiquen de manera diferente ciertas innovaciones de la lengua, que se adjudican, bien a evoluciones internas, bien a préstamos de otras lenguas, a pesar de que el proceso de extensión podría ser el mismo en cada caso.

Y por último, la cuarta razón para abandonar el modelo del árbol cronológico radica, según Penny (54), en que impone a los estudiosos la necesidad de dar un valor distinto a los diferentes rasgos lingüísticos, para decidir dónde deberían situarse los nodos del árbol de la familia lingüística. Ya que el árbol genealógico depende de manera crucial de que se dé importancia a determinados rasgos sobre otros, la ausencia de un fundamento para esta selección ha de debilitar gravemente el valor del modelo del árbol genealógico.

El tercer capítulo lo dedica el autor a discutir los mecanismos del cambio. En la segunda mitad del siglo XX todos los lingüistas estaban de acuerdo en que no sólo el cambio, sino también la variación son inherentes a la lengua humana. No obstante, mientras que desde hace mucho ha sido evidente que el cambio lleva a la variación, es cada vez más evidente que el cambio de la lengua es dependiente de (algunos dirían que está causado por) la variación lingüística. Con numerosos ejemplos tomados de la historia de la lengua española, Penny presenta la importancia del contacto dialectal (y fenómenos como la acomodación, los interdialectos, la nivelación) y las redes sociales en varios cambios diacrónicos.

El tema clásico de la variación en el español peninsular es retomado en el capítulo cuarto, primero en lo concerniente a la variación geográfica, luego en relación con los aspectos sociales de la variación. En el primer caso, el autor busca una explicación de los principales patrones de los rasgos lingüísticos a través de la Península; en el segundo, aunque se hace más difícil encontrar las razones de los patrones específicos de heterogeneidad, estudia algunos de los muchos y notables ejemplos en que la variación social y la variación lingüística se interrelacionan.

De particular utilidad son los capítulos quinto y sexto, destinados respectivamente al español de América y al judeoespañol. En el primer caso se aborda la variación tanto desde un punto de vista geográfico como desde un punto de vista social, además de tratar el tema de los dialectos fronterizos y los criollos. En

el segundo más bien se describen los rasgos característicos y la evolución de esta lengua de las comunidades judías medievales, que está ya al borde de la extinción.

Hasta este punto, el autor ha descrito, sobre todo, las variedades subestándares del español, porque “es en éstas donde se observa la mayoría de los casos de variación y cambio” (291). El séptimo capítulo, por último, presenta un proceso capaz puede reducir completamente la variación. Es el caso de la estandarización, que tiene lugar dentro de la lengua escrita, y que es, para Penny, inconcebible en ausencia de escritura. Por esta razón, no puede en principio afectar directamente a los niveles fonético y fonológico de la lengua. Es decir, “aquellos que usan un estándar dado pueden actuar así en la escritura, pero diferir unos de otros en la pronunciación” (292). No obstante, reconoce el autor que el habla de los que son responsables del desarrollo del estándar lingüístico (generalmente los miembros de los grupos urbanos poderosos) sea investida del prestigio que deriva de su asociación con (incluyendo el control de) la lengua escrita, de modo que los rasgos de pronunciación propios de estos grupos pueden llegar a constituirse eficazmente en un estándar fonético, y con el tiempo es probable que haya una reducción de la variación fonética y fonológica en la sociedad en cuestión.

El libro concluye aquí abruptamente. El lector echa de menos unas conclusiones en las que, además de recapitular las ideas esenciales del libro, se resuman sus principales aportaciones y sus repercusiones para los problemas teóricos. No obstante, hay que reconocer que estas aportaciones están presentes a lo largo de todo el libro, que se caracteriza, además, por la claridad y sistematicidad de la exposición.

La historia del castellano y su relación con las demás lenguas romances, la conexión entre la variación dialectal y social y la evolución de las lenguas, en fin, la variación lingüística en el sentido más amplio, son tratadas en este libro de una manera detallada, destacando simultáneamente contrastes y complementariedades. Se trata, en suma, de temas clásicos que, aunque han sido discutidos anteriormente en los estudios de sociolingüística y dialectología o en historias de la lengua española, se presentan en este libro renovados, sistematizados con una nueva perspectiva que involucra las ideas más recientes sobre la variación lingüística en el terreno tanto sincrónico como diacrónico.

Milagros Alfonso Vega

Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa

D. R. © Milagros Alfonso Vega, México, D. F., enero–junio, 2006.